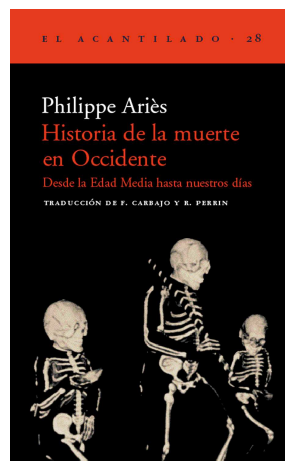


***Historia de la muerte en Occidente:
desde la Edad Media hasta nuestros días***
Philippe Ariès, Barcelona, El Acantilado, 2000.

El estudio de las mentalidades desvela algunos secretos de la estructura y del funcionamiento de las sociedades que pasan inadvertidos cuando el instrumento de investigación es la historiografía más tradicional (centrada en el estudio de los grandes personajes, los documentos oficiales o las estadísticas económicas y demográficas, por ejemplo)



La ventaja de la historia de las mentalidades consiste en que proyecta luz sobre aspectos históricos de la sociedad nunca antes analizados. Pero su gran inconveniente es que el objeto de estudio al que apunta su luz, tan pequeño y concreto, quede descontextualizado de la sociedad que lo produce y alberga. Las mentalidades existen y merecen ser estudiadas, alcanzando el mayor detalle posible. Pero esa existencia no es independiente ni autónoma. Siempre hay un contexto que condiciona y que es condicionado. Es obvio que sin la alusión permanente al contexto las mentalidades parecen flotar en un limbo irreal. Y no menos verdad es lo contrario: las mentalidades no pueden ser tratadas como el subproducto mecánicamente determinado por una estructura superior. En resumen, las mentalidades se ajustan a la sociedad aunque a veces aceleren los desajustes existentes; sirven de explicación del presente y también de anticipo del futuro; y, finalmente, a la vez que cohesionan las sociedades facilitan el alumbramiento de nuevos órdenes. Las mentalidades son, por tanto, entidades complejas no sólo en lo relativo a sus límites sino también en su relación con otros elementos de lo social.

Sentada esta premisa vamos a reflexionar sobre los ensayos de Philippe Ariès, que son un buen ejemplo de un modo de hacer historia de las mentalidades, con todas sus ventajas y también con sus limitaciones. Comencemos apuntando el argumento que comparten. Según Ariès, en la Edad Media la muerte era un asunto público y colectivo; en cambio, en la actualidad, la muerte se ha convertido en una cuestión individual y privada. La muerte es hoy día un tabú social, cuando antes era un evento asumido con mayor naturalidad. Por el contrario, cuando la muerte era un acontecimiento público, el sexo era un tabú. Hoy ocurre lo contrario: el sexo ya no es un tabú porque ha sido sustituido por la muerte. En occidente, por tanto, desde el siglo XII se ha producido la inversión de dos hechos biológicos que están íntimamente ligados: la muerte y el sexo.

Vayámos a los orígenes. En *La Chanson de Roland*, escrita a finales del siglo XI o a principios del siglo XII, se describe con gran precisión el ceremonial del correcto morir. Lo primero que le corresponde hacer al moribundo es lamentarse por la vida que se acaba, aunque el lamento debe ser discreto. Después, ha de pedir perdón a todos aquellos a los que ha ofendido en vida, muy especialmente a los numerosos allegados que rodean su lecho y que van a contemplar su muerte. Atendida esta obligación, el moribundo reza pidiendo perdón a Dios y la recomendación de rigor por su alma. Finalmente, una vez que el agonizante ha consumado todos los pasos, el sacerdote le concede la absolución. Rematado el protocolo, ya puede morir tranquilo. Como resulta patente, el protagonismo del moribundo en su propia muerte es total. El moribundo no se deja morir de manera pasiva, en soledad y sumido en la inconsciencia. Bien al contrario, antes de abandonar este mundo ha de cumplir ciertas reglas bajo la atenta mirada de los demás. No sólo es protagonista porque muere sino porque antes de morir debe ajustarse a un ceremonial

público ante el que no caben abandonos prematuros. El moribundo tiene una serie de obligaciones personales que atender y no se espera otra cosa de él que su cumplimiento ordenado y consciente. Así como nació en público morirá en público. Este procedimiento para el recto morir se mantendrá en occidente durante mucho tiempo.

Habrá que esperar casi cinco siglos para atisbar un cambio en la mentalidad sobre la muerte. Efectivamente, entre los siglos XVI al XVIII se observa una transformación consistente en una especie de exaltación y dramatización de la muerte. Todo lo que toca al fallecimiento se convierte en un tema romántico, erótico incluso, fuente de inspiración para poetas, novelistas, músicos y pintores. Pero esa muerte que en parte se idealiza y se embellece ya no es la propia sino la ajena. La muerte se despersonaliza y se convierte en algo mórbido y abstracto, despertando la atracción y, también, una suerte de complacencia. Por su parte, el que va a morir ha redactado testamento que, como novedad, sólo incluye el modo de distribuir su fortuna. Otras disposiciones más espirituales, antaño muy importantes, siguen otro cauce. Esta nueva actitud, del todo original, refleja un hecho muy importante: el hombre moderno teme más a la muerte que el hombre medieval. La idealiza con el vano propósito de apartarla de sí.

Una vez que el hombre deja el paso abierto al temor a la muerte propia y personal se desvanece la posibilidad de imponer algún límite a este sentimiento. A partir del siglo XVIII la muerte produce más miedo, y desde entonces el temor no ha dejado de crecer. Fruto de esto es el cambio de la mentalidad sobre la muerte acontecido aproximadamente hace dos tercios de siglo. La muerte, antaño tan presente y familiar, ahora se difumina, desaparece, se vuelve vergonzante y objeto de tabú. Muchas razones empujan al cambio de la perspectiva. Por ejemplo, ya no se muere en casa y la vida se alarga en los hospitales a veces hasta un punto moralmente discutible gracias a los avances de la medicina. Es bastante común que se muera habiendo perdido la conciencia, bajo el dominio de los médicos y tras haberse aplicado sobre el moribundo los modernos protocolos de la medicina, que descomponen el acto de morir en diferentes etapas sobre las que los profanos poco tienen que decir y que hacen de la muerte una cuestión técnica y no un asunto en el que está en juego la dignidad personal del moribundo. La lógica de la nueva situación lleva con frecuencia a privar al moribundo de su muerte. Se impone, por tanto, una idea aberrante para el hombre medieval: la de que es mejor no darse cuenta de que uno se está muriendo.

El itinerario surcado por la mentalidad acerca de la muerte es para Ariès muy claro: de la muerte consciente, ritualizada y pública del medievo, se pasa a la muerte temida y, por consiguiente, idealizada, para desembocar en la muerte medicalizada, solitaria y vergonzante de hoy día. La causa de estos cambios es el miedo, aunque Ariès no nos descubre cuál es el mecanismo social que lo produce. Y es en este punto donde radica la debilidad de la obra. La exposición sobre la mentalidad acerca de la muerte es brillante, probablemente verdadera (al menos resulta muy verosímil) pero sin conexión con otros órdenes de lo social. El autor describe pero no explica. Y una descripción sin razones resulta insuficiente, por muy convincente que parezca por sí sola.

No podemos terminar esta reseña sin dedicar unas líneas a uno de los principales protagonistas de este libro, y al que Ariès no dedica la atención que se merece: el miedo.

Ya lo dijo Jean Delumeau en su estupenda obra *El miedo en Occidente entre los siglos XIV al XVII (una ciudad sitiada)*: el hombre es el único animal capaz de anticipar su propia muerte. Esta es la distinción primaria que separa al ser humano del resto de los animales. Nuestra diferencia no radica, por tanto, en carecer de plumas y caminar erguidos, ni en la capacidad de trabajar, ni en la posibilidad de sentir. Ni siquiera la inteligencia y su vástago más directo, el lenguaje, son

atributos claros que nos separarían nítidamente de algunos mamíferos superiores. La diferencia, por tanto, está en nuestra razón, que nos lleva inexorablemente al convencimiento de que un día moriremos. No se trata, dejémoslo claro, de la certeza de que la muerte ronda la cama cuando sentimos próxima nuestra hora o la de un ser allegado. Esto es algo que experimentan los grandes primates. Es algo más profundo: desde que abandonamos la niñez sabemos que vamos a morir y que todos los que nos rodean también morirán. Y sabemos, además, que nada ni nadie puede impedir tal desenlace: *mors certa, hora incerta* o, como aparece grabado en algunos relojes de época, *vulnerant omnes, ultima necat* (todas las horas hieren, la última mata)

El privilegio de anticipar la propia muerte condiciona nuestro comportamiento. Esta prerrogativa de la especie humana, a la vez, resulta una pesada carga. Nos lleva a construir grandes referencias simbólicas, bien sean religiosas, morales, filosóficas o naturalistas, a las que aferrarnos para intentar explicarnos lo inexplicable y conducimos por la vida con arreglo a unos preceptos. La conciencia de la muerte alimenta nuestra capacidad simbólica y, cuando no la asumimos rectamente, nos lleva a vivir con miedo, atemorizados y proclives a entregarnos a fantasías absurdas y a supercherías inverosímiles.

El principal manantial del miedo es la muerte y el que vive con miedo se inclinará más por las doctrinas autoritarias que le proporcionan el placebo de un consuelo tan falso como peligroso. Ya lo teorizó Hobbes (*homo homini lupus*), que dijo de sí mismo que el miedo y él nacieron gemelos. El poder consuela al inseguro y el poder absoluto es el mejor alivio para el que pretende evitar morir a manos de otro. El conservadurismo es, en consecuencia, una opción ligada a una propensión psicológica, a una emoción descontrolada y morbosa causada por la no racionalización de la propia muerte. Es bien conocido que el miedo y el conservadurismo van de la mano porque el conservadurismo es el triste hijo del temor. Todos los teóricos del conservadurismo coinciden en resaltar la importancia de la seguridad, concepto al que supeditan los demás: libertad, igualdad, orden, legitimidad, norma, etc. De ahí procede la apelación constante de la derecha al miedo para sostener sus principios y para controlar al que duda. Miedo al otro, al diferente, al vecino, a perder el privilegio, al futuro, a todo cambio social, a las posibilidades del ser humano, en definitiva, miedo desbocado ante la propia muerte que, por lo demás, se sabe inevitable. Y donde hay miedo no hay alegría de vivir, ni gozo por disfrutar de la existencia, ni anhelo de plenitud, ni interés por transformar la realidad. Más bien, deseo de controlar y de coartar la libertad y los derechos ajenos, que no los propios, en defensa de un principio que no es sino la coartada para asentar una dominación más inflexible.

Una sociedad más conservadora es, antes que nada, una sociedad con más miedo. Se es conservador porque se está asustado y no al revés. Y el miedo enfermizo puede provenir del interior o quizá resulte inducido por los profetas del temor que tanto abundan en momentos de cambio. Para conjurar el conservadurismo resulta vital saber a qué tiene miedo la gente y por qué. Además, es muy útil determinar de dónde viene ese miedo para combatirlo cuando resulte injustificable o vaya contra los fundamentos de una mínima y racional prudencia. Este es el mejor antídoto contra la involución política, más allá de discusiones ideológicas entre antagonistas que sólo atraen a los fieles.

Del miedo irracional a la violencia hay un solo paso; y la violencia y el odio van de la mano. Por ello, en situaciones de cambio social hay que denunciar a los que barruntan catástrofes sin ton ni son, a los agoreros del desastre, a los que esparcen la sospecha, a los que siembran la duda y la inseguridad universales, a los que quieren asustarnos sólo con sombras y con decorados terroríficos de cartón piedra. Detrás de ellos no hay otra intención que dominarnos más y mejor.

La búsqueda de la seguridad colectiva o individual es el señuelo que arrojan a un público acostumbrado al miedo o que, tentado por la perversión, disfruta con la insania del temor.

En definitiva, el temor a la muerte propia, típico de nuestra mentalidad, conduce a un apogeo del conservadurismo, tan notorio en nuestros días. Mientras no se rompa este lazo los dos términos que lo forman no dejarán de reforzarse solidariamente.

Nada que reprochar a la edición de la obra. Buen trabajo de los traductores y buena presentación del libro, como es costumbre de la casa editora. Se agradece que una edición rústica cuente con solapas y con generosas guardas de un papel robusto y vistoso a un tiempo, porque la baratura y la practicidad no van reñidas con la elegancia.

Emilio Alvarado Pérez